



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 10.147

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 21

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 ptes.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

VIERNES 30 DE AGOSTO DE 1895

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—En responsales en París, A. Loreste, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

ALAMBIQUES

Aparatos para alcoholes de 39 á 40 Id. > agardientes > 24 á 26º Id. > anisados.
Alambiques aguardenteros con columna y boya de graduación, serpiente y depósito refrigerante.
Id. completos con baños maría, aros de bronce, serpiente y depósito.
Fabricación esmerada y precios muy económicos.
Prensas, azufradores, y cuanto conierne a la elaboración de vinos.
Camilo Pérez Luhe.—Castellini 12.

COLABORACION INEDITA.

LOS HUGONOTES.

I.
—No puedo acompañarte, querido Alejandro, a oír esa ópera... Cada nota suya me desgarraría el alma...
Impresionado por el tono patético que empleó mi amigo Enrique, le insistí repetidas veces para que me confiase el motivo de aquella negativa, y después de un momento de vacilación, accedió á mi deseo:
—No ignores —comenzó Enrique— que harto de la Corte me fui á mis lares de Andalucía, dispuesto á vivir:

A solas, sin testigos, libro de amor, de celo, de odio, de esperanzas, de recelo que dijo el clásico. Por espacio de un año, llevé una existencia placida, tranquila, casi frívola, pero, quiso mi estrella que diera al traste con mi conventual reposo, una linda sevillana que en unión de sus padres, ricos hacendados, vivían en una casa próxima á la mía. Llamábase Dolores la vecinita y apenas si contaba diez y seis años: era alta, morena y en sus ojos brillaba la poesía y el fuego de las orientales... Lola y yo fuimos novios: á los pocos meses de relaciones nos casamos, y locamente enamorado... No he de pintar las excelencias de nuestra luna de miel... ¡Hay páginas de dicha que al ser recordadas, torturan con mayor intensidad que deleite originaron! Además, fuera insensatez mía, querer contarte lo idealísimo de dos corazones que laten al unísono, de dos bocas que expresan las mismas ideas, de los ojos—siempre amantes—que al cruzar sus miradas, parecen describir en el espacio parátolas de luz gloriosa... ¡Pero, la felicidad consume pronto sus antorchas y despiden estas mucho humo al apagarse...!

En pleno idilio, asuntos de familia me obligaron á hacer un corto viaje á un pueblito inmediato... Terminé dichos asuntos mucho tiempo antes del que yo supuse y con objeto de proporcionar una agradable sorpresa á mi Dolores, no la anuncié mi regreso.

II.
Como no trala conmigo ninguna impedimenta de viaje, después de salir de la estación de llegada, distante de mi casa unos tres kilómetros, emprendí la marcha á paso ligero, carretera delante. El campo, comenzaba á llenarse de sombra;

el cielo, ofrecíase al Poniente como un lago de plata; los árboles que flanqueaban el camino, parecían despedirse de aquel día de otoño con la tenue canción de sus hojas al entrecrocarse dulcemente las ramas; las aguas del río que corre paralelo á la carretera, deslizábanse con melancólico murmullo, en lontananza se divisaban los tejados de algunas casas diseminadas en la campiña; y en último término la aldea con su iglesia de piedra.

Como á tiro de fusil de uno de los recodos que forma la carretera, se levanta un hotelito de persianas verdes y tejas rojizas, aislado por la verja de hierro que le circunda. Delante de aquella vivienda hice alto.

Veladas por la distancia, llegaban hasta mí las notas de una de las concepciones más peregrinas de la lírica moderna: el dúo del cuarto acto de «Los Hugonotes».

Atraído por la delicadeza y apasionamiento con que interpretaban los incógnitos cantantes la sublime página de Meyerbeer, abandoné mi ruta, y sin darme cuenta de lo que hacía, me aventuré por una vereda que finalizaba delante del hotelito. A medida que avanzaba, percibía más sonoramente las notas del piano y fresca y pura la voz de la mujer.

Aquella voz me llegaba al alma, me conmovía; su armonioso timbre vibraba en mi ser, enaguándome; mis labios movíanse como si besaran á un trábucito ideal de mi Lola. La placida ventura que rebosaba de mi pecho acudía en lágrimas á los ojos. Y como un autómatas iba acercándome al hotel, atraído, empujado, mejor dicho, por el ritmo musical que se escapaba por sus ventanitas... Jamás se impresionó tanto mi espíritu como en estos últimos momentos de aquella tarde silenciosa, apacible en medio de un campo desierto, escuchando el famoso dúo que hacía resucitar en mí mente el farrago de horas felicísimas...

Y de pronto, Alejandro, sentí un estremecimiento penoso como si algo dentro de mi organismo se quebrase violentamente. Huyó la felicidad que me subyugaba y me vi el hombre más infortunado... Una palabra, estúpida de puro disparatada, se enseñoreó de mí al escuchar la frase más pasional del dúo, la que resonaba en el aire trágicamente dicha por la mujer.

Pensé que aquel acento se asemejaba al de mi Dolores.

Al suponer esto, temí como un criminal.

El ardor de mis mejillas denunciaba la propia vergüenza por tan miserable pensamiento.

¡Mi Lola?... y cómo dando un «mentis» á tan torpe calumnia volví mis pasos hacia la carretera... pero, no llegué á ella: pudo más la tentación de escachar hasta la última nota de aquel insidioso acento que así me obsesionaba... Retrocedí... Tembloroso llegué junto á la verja de hierro y dudé en franquear su cancela abierta de par en par... ¿A santo de qué me permitía sorprender como un esbirro la mansión aquella?... ¿Ni que se me

daba á mí que sus habitantes se golazaran cantando el dúo de «Hugonotes»?... Hay momentos en que la razón huye de nosotros y solo nos deja una nebulosidad del infierno... Cruzó el jardín sin ser visto de nadie y me detuve frente á una de las ventanitas del piso bajo. Como una mujerzuela, me dispuse á curiosar por entre el claro de los listones de la persiana caída... Ni el que se ve amenazado de un inminente peligro sentiría mayor suspensión del ánimo que yo al dirigir mi vista á través de la persiana... Descubrí en uno de los extremos de la habitación las siluetas de un hombre y una mujer que me volvían las espaldas... Eran los cantantes.

Aun resonaba en el aire la última nota, cuando la mujer inclinó su cabeza hacia hermanarla con la de su compañero. Después, irguiendo su busto, miró hacia la ventanilla.

¡La Valentina del dúo era mi mujer, mi Lola!

Mi amigo abrió un corto parentesis á su relato. En su rostro leí la amarga pena que sufría. Comovido, no supe hacer otra cosa que estrecharle la mano con toda efusión.

III.

—Jamás podré explicarte, Alejandro, lo que trunco por mi espíritu al sorprender mi deshonra. Mis nervios, adquirieron una tensión inconcebible; mis uñas, se destruyeron al querer clavarlas en el zócalo de piedra; mis ojos, permanecieron fijos en la mujer... Dudaba de mi razón, de mi mismo... Yo, no era yo... ¡No podía ser aquella! ¿A qué prueba tan terrible me sometía el Destino?... ¡Aquella mujer que acababa de verter en su canto el entusiasmo de una pasión ilimitada hacia el otro hombre que no era yo, era mi Lola! Mis ojos rublaronse sangrientamente; padecían la visión roja... Tenía resaca, los labios y la garganta... Sentía dentro de mi cuerpo un ardor insólito como si la sangre hirviese; escuchaba el golpetear de sus latidos... No recuerdo nada más triste ni angustioso... Creí que caía á tierra, pero, me rehice. Un deseo de venganza avivó mi espíritu, el murmullo del río y el susurro de las hojas de los árboles parecía aconsejarme «mata». En un segundo recordé con pasmosa minuciosidad de detalles mis amores, mi felicidad con Lola, y al ver tan groseramente escarnecidos aquellos y rota y deshecha ésta, rugiente de ira, desatinado, me afañé con las manos al afeizar, di un salto y caí dentro de la habitación. Dos gritos de terror sajudaron mi estrepitosa entrada. Ciego, saqué del bolsillo el revolver y apunté hacia donde se encontraban los culpables... Disparé... cayó á tierra uno de los dos y caí yo también presa de un accidente nervioso...

Cuando volví en mi recuerdo, me encontré acostado en mi propia cama.

Una mujer, á los pies de ella, sollozaba.

Al verla, no pude reprimir un sentimiento de lástima, de repugnancia.

Cruzó su mirada miedosa suplicante, con la mía fría, despreciativa.

—Dolores—la dije acentuando cruelmente mis palabras—séntate al piano y canta el Dúo de «Hugonotes».

—¿El dúo?—preguntó horrorizada, abriendo desmesuradamente los ojos y tendiéndome en ademán de suplica los brazos.

—Sí, el dúo.

Me miró enloquecida y salió de la alcoba.

Era esto una venganza diabólica; era recordar á aquella desdichada su maldad; fundir en los ecos de su garganta, los sollozos hacia el esposo vengador; era reunir en un imposible maridaje de amargura y espanto un cúmulo de dichas pasadas y de remordimientos presentes... Ningun código ha previsto para vengarse el marido de la mujer criminal, nada de tan exquisito refinamiento.

Lola, había obedecido como obedece el reo: por miedo á agravar el castigo que espera.

Como un sollozo rítmico llegó hasta mi alcoba su canto: el dúo de «Hugonotes» era un trueno para mi corazón destruido. Tanto como Lola pudiera sufrir, sufría... Hubo momentos en que la habría mandado acabar su canto. Interiormente reconocía mi propia estupidez en buscar no el medicamento, si no el puñal que agrandaba mi herida... Con ambas manos, me tapé los oídos para no escuchar el dúo... Se escuchaba, se escuchaba á pesar de todo... Pocos compases antes de su final hubo una interrupción espeluznante, trágica: resonó una carcajada homérica, infinita, Diríase que el piano, que Meyerbeer mismo, se reían despiadadamente de mi infortunio, de mi imbecilidad... ¡Llamé con un grito á Lola y Lola se apareció ante mí con los brazos caídos á lo largo del cuerpo y en la boca aquella risa frías que como un cuchillo hacía mis entrañas; aquella risa era la brutal carcajada de la locura que acababa de hacer una víctima... ¡Lola!

ALEJANDRO LARRUBIERA.
(Prohibida la reproducción)

Microscópicas.

PIEDRA DE ESCÁNDALO.

Por Jonde quería qué voy... el escándalo conmigo.
Así diría el «Infanta María Teresa» si Dios le concediera hablar por el «epítolón», ó por el «pico de castrejo» al «recó» de aquí.
La vida del «tado» buque es corta; su nacimiento no se pierde en la noche de los tiempos, sino en medio de un escándalo: el que dice la «Industria» oficial, motivado por la conservación de las «habichuelas», contra la industria «particular», que pretendía sopar en el «estío» y al «estío» metió un pan «estío».

¿Qué escándalo aquel! Como nos refería ante los ojos de propios y extraños y como influye en la vida posterior del «barquito».

El no ha hecho, hasta ahora, otra cosa que ir de acá para allá; pero por doquiera le ha acompañado un coro de silbidos entonado en honor del ministro de Marina; injusto, eso sí.

Habo que sacarlo del Norrión para

Maripio á Ferrol, á que le pusieran la «antiferia», y oyeron los sordos á los «vizcaínos», por que lo que es gritar, «gritar».

Salió al mar, orgulloso de sí mismo, para rendir el primer viaje; pero el diablo encargó de fabricar los escándalos de gran atracción, le puso bajo la quilla un «bajo». No es balde se ha visto después que el «escollo» era de creación moderna y desconocido; como quien dice: hecho «ad hoc», para conducir al fondo del mar al «crucero» que, Dios mediante, se llamará de los escándalos.

Ahora quiere llevarlo al Norrión el ministro de Marina y surge otro escándalo entre los gallegos. Claro: se vá á mover el buque y ya es sabido que no se mueva sin que el escándalo vaya con él.

En el presente momento histórico son los gallegos los que se «enfadan».

Luego le tocará á los vizcaínos otra vez.

Después... ¿quién sabe dónde irá el barco?

Pero donde vaya habrá bronca.

Ha nacido con ese sino.

RAUL.

TIJERETAZOS

Según aseguran varios periódicos, en la casa de Moneda ha comenzado la «acuñación» de «duros».

Y hacen de ellos grandes elogios por el «arte» artístico que tienen.

No creo que el tal mérito sea superior á cinco pesetas, con «pinta» y todo.

De lo que no me cabe duda es de que llegarán pocos hasta mí.

Si fuesen perros chicos...

Dice una «carta» de Manila:

«La cuestión batallona que durante algunos días está apasionando la opinión pública, es la de la reorganización del laboratorio municipal de Manila».

Lo creo.

El «gobierno» que no se «arregla» por un laboratorio?

Dios coja «confianza» á los filipinos.

En Sierra Morena han ocurrido durante los últimos días diez y ocho incendios en las «erbas».

Algunos de ellos no han sido casuales.

Por cierto que para de «astafío» oscuro pagar la contribución por la propiedad y tenerla vendida á una mala intención que quiere «proceder» fuego.

Verdad es que si la «seguridad» personal no está garantida, no se puede pedir más «atención» para la propiedad.

Dos individuos han reñido en Madrid en «Coarcent» fanegas.

No se habrán lamentado por falta de sitio.

Terminada la huelga de Alcoy ha salido de dicha población para Alicante el gobernador.

Ahora el «gobierno» tiene en estudio el modo de hacerle salir de la provincia.

¿Si estará satisfecho de sus servicios?

NOTAS

«El progreso» por el «camino» del progreso y allá va la «bela», rodando en el espacio, «diagnóstico» a convertirse en polvo á la «estrella» que se le ponga por delante.

El último «empujón» lo han dado los «ingleses».

Pero no adelantan los sucesos, ó las rodadas, que es lo mismo.